



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL DÍA DE ASUETO

INÈS CAGNATI

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



errata naturae

A mis hermanas: Elsa, Gilda, Annie y Anabell

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2021

TÍTULO ORIGINAL: *Le Jour de congé*

© Éditions Denoël, París, 1973

© de la traducción, Vanesa García Cazorla, 2021

© Errata naturae editores, 2021

c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-87-1

DEPÓSITO LEGAL: M-20211-2021

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Refugi*, 2019, © Guim Tió Zarraluki

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

«Infancia, amor mío, ¿no fue más que eso?...

[...]

¡Infancia, amor mío! Sólo hay que ceder...».

SAINT-JOHN PERSE

Apoyé mi bicicleta contra la tapia de la granja y ahí la dejé. Podría haberla traído hasta casa, como de costumbre. Apenas hay cinco metros. Pero ya estaba harta de la bicicleta. De pedalear. De empujarla. De pedalear. De empujarla. Y, por si fuera poco, de cargar con ella. Muy harta. Porque llevaba así tres o cuatro horas, acaso incluso más, y siempre llega un momento en que las cosas duran demasiado y decimos: basta.

Encima, y como por casualidad, en esas horas en las que penaba con mi bicicleta, diluviaba como si fuera el fin del mundo. Cuando llegué a casa, ya no llovía. Hay cosas que suceden así, lo he observado a menudo, siempre a destiempo. En cuanto a la lluvia, se había derramado tanta agua en unas horas que las nubes debieron de quedarse completamente secas. No es de extrañar, pues, que aquella maldita lluvia cesara.

Por lo demás, tampoco me importaba demasiado. Si estoy en casa, me gusta escuchar la lluvia caer con fuerza. Desde que voy al instituto, me gusta estar en casa llueva o luzca el sol.

Como es natural, si pudiera elegir, sólo querría que hiciera sol. El sol más resplandeciente. El más implacable.

Ese cuyo rayo más débil, al pegar en el suelo, abre grandes grietas que se hundan hasta el corazón de la tierra. Entonces los ríos enteros se desecan y desaparecen para siempre bebidos por el sol. La gente, las plantas, los animales, todo muere de sed y de alegría por el sol. Todo brilla, se regocija y muere. Es en una tierra con un sol semejante donde me gustaría vivir. Pero no puedo ni soñarlo. Ésta no es la tierra del sol. Ésta es una tierra de ciénagas, llovizna y brumas. No puedo hacer nada contra ello, por más que lo sueñe con fuerza. Ni siquiera, aunque lo soñara con todas, todas mis fuerzas. Y no puedo soñar. En casa son necesarios la lluvia y el sol. Mi padre lo dice siempre. Es para los cultivos, lo entiendo de sobra. Y, además, si no lloviera, el pozo se quedaría seco. Las ciénagas, también. Entonces no podríamos beber jamás. Nos moriríamos, como los demás. Lo que yo querría es que todo el mundo muriera, salvo nosotros.

La lluvia paró justo cuando llegaba a casa. Apoyé mi bicicleta contra la tapia de la granja y la dejé ahí. Yo también me apoyé contra la tapia, al lado de la bicicleta, para recobrar el aliento. Estaba muy cansada. A la bicicleta no iba a pasarle nada.

Reflexioné sobre esto antes de entrar en casa porque le tengo mucho cariño a mi bicicleta. Es el objeto más precioso que jamás poseeré, aun cuando un día sea muy, muy rica. Es bastante sencillo: sin ella no podría ir al instituto. Hay un autobús, cómo no, para ir a la ciudad los lunes y los sábados. Los lunes, para los alumnos

internos del instituto; y los sábados por eso mismo y por el mercado. El autobús es caro. Sólo vuelvo a casa cada quince días, salvo esta semana; pero es que esta semana es completamente excepcional. No puedo pedir a mis padres que cada quince días me paguen el autobús. Ya me puedo dar con un canto en los dientes por que hayan aceptado dejarme ir al instituto. No pido nada. Es más, si pidiera, no me darían nada. Así son las cosas. Para hacer el trayecto, pedaleo. Estoy tan contenta de ir al instituto que lo hago con una energía tremenda. En las bajadas estoy tan contenta que me pongo a cantar a grito herido.

Algunas veces estoy cansada e irritada, como esta tarde. No es ni mucho menos por mi bicicleta ni por los treinta y cinco kilómetros. Pero está oscuro a rabiarse y llueve a cántaros. Lo olvidaré en cuanto entre en casa, con mi madre y tal vez todas mis hermanas, que siempre andan montando un alboroto de espanto. En el pasado, cuando aún no sabía que iría al instituto, no soportaba ese ruido. Ahora, casi me produce placer. Es el sonido de mi casa.

Dejé la bicicleta contra la vieja tapia de la granja porque hay varias razones por las que no le va a suceder nada en absoluto. Estoy convencida. Mi casa está tan alejada de cualquier camino transitable en invierno, tan alejada de cualquier otra vivienda, perdida tras los bosques, los arroyos y las aguas bravías de las ciénagas, que nadie pasará por aquí esta noche. Si se diera el caso, sería un loco, y si fuera un loco, entonces daría lo mismo que mi

bicicleta estuviera en el patio de casa o contra la tapia de la granja. Así que, bueno...

Y, además, nadie, me refiero a nadie en su sano juicio, claro, nadie que no haya perdido la razón, podría codiciar mi bicicleta. Para un ladrón, sería como entregarse apasionadamente a los brazos de los gendarmes. En mi pueblo todo el mundo sabe que a los ladrones no les hace ninguna gracia encontrarse en manos de los gendarmes. Un ladrón forastero e ignorante podría pasar, pero con semejante noche sería de lo más extraño. Salvo el español viejo que vive con su cabra, cualquiera sería engullido por las aguas bravías de las ciénagas antes de llegar hasta aquí. E incluso en el caso de que, por un casual, alguien llegara y se llevara mi bicicleta, enseguida lo encontrarían.

Mi bicicleta, que es el objeto más precioso que jamás poseeré, es también el objeto más extraordinario que se ha visto por estos pagos. Desconozco cuál es su origen. Lo único que sé, porque mi padre me lo repite cada dos por tres, es que tuvo un pasado especialmente glorioso, a buen seguro en tiempos muy remotos, ya que a mi padre esta información se la proporcionó el suyo.

En verdad, lo único original que le queda a mi bicicleta es el cuadro. La herrumbre se lo come y los agujeros me indican que he de darme prisa en terminar mis estudios si quiero que me lleve al instituto hasta el final. Es un cuadro con una barra transversal que me obliga a inclinar la bicicleta y a levantar muy alto la pierna para montarme en ella. Lo que queda del sillín es un cuero duro y seco como una piedra, pero lo he envuelto con trapos para

que sea inofensivo. El manillar destaca por tener los puños muy levantados, lo que me permite ir sentada bien erguida mientras pedaleo. Es una enorme ventaja. Nunca me duele la espalda y no corro el riesgo de encorvarme, como le sucede a la mayoría de las chicas del instituto. Por más que se rían de mí, yo no hago caso. Quien ríe el último ríe mejor. Y si, como creo, son ellas las últimas en reírse, lo harán con sus jorobas. Eso me consuela. Sólo un poco. Las chicas de mi instituto son tontas y malas. Las odio a todas. Salvo a Fanny.

Mi bicicleta tiene unas ruedas muy finas con neumáticos macizos. No corro el riesgo de pinchar, no tengo que andar inflándolas una y otra vez como las demás. No sé si son las ruedas originales, pero mi padre dice que son muy raras y que hay que tratarlas con respeto. Mi padre suele decir cosas por el estilo. En la parte trasera, tengo guardabarros, pero no trasportín. En la parte delantera, no tengo ni guardabarros ni luz. Por eso he penado tanto en la oscuridad hace un rato. El guardabarros es muy molesto. El barro se acumula en él y, después, la bicicleta no puede andar más y entonces tengo que limpiarla o cargar con ella. La ventaja es que nadie me la va a robar y yo la dejo abandonada sin temor alguno contra la tapia de la granja. Donde vivimos el barro es más duro que el cemento.

Me quedé un buen rato apoyada en la tapia, cerca de mi bicicleta, meditando sobre todo esto mientras recobraba el aliento. Necesitaba hacerlo. No tengo mucho fuelle. En el examen médico del instituto me dijeron que mi